

CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA: PLURALIDAD Y RESTRICCIÓN DE DATOS

PETRA-IRAIDES CRUZ LEAL*

RESUMEN

La obra de Gabriel García Márquez, **Crónica de una muerte anunciada**, da pie para confrontar en este artículo dos segmentos divergentes o dispares. Por un lado, el ampuloso y polifacético cúmulo de datos informativos (grueso expediente de un delito). Por otro, el velado prosce- nio o espacio imprescindible en que se perpetra el crimen.

PALABRAS CLAVE

Segmentos dispares. **Crónica de una muerte anunciada**, Gabriel García Márquez.

ABSTRACT

The aim of this article is to match to different elements in **Crónica de una muerte anuncia- da**. On the one hand, the massive gathering of the reports (a thick dossier on the crime); on the other, the sideways stage where the murder takes place.

KEY WORDS

Opposed elements, **Crónica de una muerte anunciada**, Gabriel García Márquez.

* Doctora en Filología Hispánica, Profesora Titular Interina de la Universidad de La Laguna.

RÉSUMÉ

Crónica de una muerte anunciada donne l'occasion d'étudier deux segments divergents. D'une part, un énorme ensemble de données informatifs (gros expédient judiciaire). Et d'autre part, donne la sensation de dérober le cadre spatial du meurtre.

MOTS CLEFS¹

Segments divergents, **Crónica de una muerte anunciada**, Gabriel García Márquez.

Crónica de una muerte anunciada tiene su base remota en un suceso verídico. En principio, el incidente ocurrido en 1951, le interesó a García Márquez "como material de reportaje". Recuerda el creador colombiano que empezó "a pensar el caso en términos literarios" mucho después. Tanto es así, que entre la elaboración artística y el altercado median treinta años. Algo natural en la gestación de sus obras, según añade:

-En realidad, nunca me ha interesado una idea que no resista muchos años de abandono. Si es tan buena como para resistir los quince años que esperó **Cien años de soledad**, los diecisiete de **El otoño del patriarca** y los treinta de **Crónica de una muerte anunciada**, no me queda más remedio que escribirla (Cf. Apuleyo, 1982: 38)¹.

En tan largo período, el escritor parece extraer dos conclusiones. En primer lugar, el matiz más llamativo del percance seguía siendo el esfuerzo de los homicidios por no ejecutar un acto deplorable. Por otra parte, la fórmula idónea para encauzar el relato era recrear el episodio mediante una "descripción minuciosa" hecha por un narrador (por primera vez él mismo), que "estuviera en condiciones de pasearse a su gusto al derecho y al revés del tiempo estructural de la novela" (Cf. Apuleyo, 1982: 38).

Así, García Márquez simula dejar atrás el campo de la invención para convertirse en transmisor de una historia, adoptando, como observa Germán D. Carrillo, la perspectiva del "investigador-entrevistador-escritor" (Carrillo, 1982: 38). El novelista se dispone, pues, a acometer la memorable tarea de **contar un cuento**, en certera concreción de Juan Manuel García Ramos:

Deshilvanar un sumario, el correspondiente al asesinato de Cayetano Gentile Chimento (Santiago Nasar, en la ficción) consumado por los hermanos Chica (los Vicario), el día 22 de enero de 1951 en el Departamento de Sucre. Reconstruir a través de testigos y amigos el triste final de Gentile, tal es la labor de este nuevo García Márquez (García Ramos, 1989: 30).

1. El registro de éstas y otras muchas respuestas ofrecidas por García Márquez a Plinio Apuleyo, constituye un valioso compendio que permite conocer la trayectoria vital y estética del escritor.

El estrecho vínculo del autor con el mundo de la prensa quizá hacía más sugerente el proyecto narrativo de **Crónica...**, cuyo título no deja de ser peculiar. Ya ha visto Pedro Sorela que el libro, aparte de asumir en gran medida la retórica periodística, pone "en entredicho la frontera entre la literatura y periodismo". Incluso, como apunta el crítico, **Crónica de una muerte anunciada** podría servir de fundamento para un "estudio de las relaciones entre periodismo y literatura" (Sorela, 1988: 251); aunque nuestro objetivo es, por ahora, más limitado.

Precisamente al hilo de esos rasgos estilísticos que evocan la prosa del reportaje (diversos testigos, pruebas aducidas, etc.), pretendemos analizar algunos elementos. En concreto, las dos caras de una presumible antítesis. 1. La profusión de pistas o referencias informativas; 2. La limitada y deleble huella del espacio novelesco.

1. Cúmulo de referencias.

La pronta confirmación del óbito brutal, no impide que el lector se sienta paulatinamente instigado a llegar hasta el final de la novela. Es más, a medida que avanza, se hallará inmerso en la reconstrucción de un auténtico alud de coincidencias que desembocan en la matanza.

Sabemos que Santiago Nasar, un joven habituado a la ofensiva "desde muy niño" (p. 16) ², además de ir desarmando el día del infortunio, ignora que, por una cuestión de "honra", Pedro y Pablo Vicario han resuelto aniquilarlo. Como gran paradoja, los asesinos propagan su empeño y sin embargo la respuesta del pueblo, ya informado, no es eficaz. "¡A quién carajo se le podía ocurrir que los gemelos iban a matar a nadie, y menos con un cuchillo de puercos!" (p. 112). Otros párrafos duplican esa idea:

Los hermanos Vicario les habían contado sus propósitos a más de doce personas (...) y éstas los habían divulgado por todas partes antes de las seis (p. 94).

Nadie se preguntó siquiera si Santiago Nasar estaba prevenido, porque a todos les pareció imposible que no lo estuviera (p. 35).

Este fecundo noticiario se sustenta al menos en dos tipos de aportaciones. Unas, verosímiles, esclarecieron un laberinto de interrogantes. Y otras, dotadas de mayor carga de augurios, rozan la irrealidad y el misterio, si bien continuarán siendo interpretadas por el vulgo como íntimas advertencias ligadas a los hechos.

ADVERSIDADES Y CONTRATIEMPOS: Respecto a las notas más realistas, nos ceñimos a los juicios emitidos por distintos personajes (según su desidia o acción para reprimir la catástrofe). Afrontamos así, junto a un narrador que busca "los últimos testimonios para esta crónica" (p. 139), la labor de desentrañar "las numerosas casualidades que habían hecho posible el absur-

2. **Crónica de una muerte anunciada**. Barcelona: Bruguera, 1981. Todas las citas de la obra siguen la presente edición.

do" (p. 154). Se verá entonces, en qué medida intervienen unos y otros, puesto que queda constancia de que todos están implicados: "ninguno (...) podía seguir viviendo sin saber con exactitud cuál era el sitio y la misión que le había asignado la fatalidad" (p. 154).

El examen comienza con las figuras que no actúan por diferentes causas.

a/ No conocen la sentencia:

A pesar de la ruidosa alarma, "nunca hubo una muerte más anunciada" (p. 83), quedan todavía algunos sujetos ajenos a la situación. Entre ellos se alzan el propio Nasar y su madre, Plácida. Y ambos conviven en una casa donde yace una carta "anunciadora" que no es descubierta hasta después del crimen.

Según los indicios escrutados por el narrador, Margot es otra joven que habría apercibido de inmediato a Nasar. "En realidad mi hermana Margot era de las pocas personas que todavía ignoraban lo que iban a matar" (p. 35). El mismo narrador y María Alejandrina Cervantes desconocen el dilatado murmurio. Al pasar la noche juntos, permanecen al margen del lúgubre evento hasta la mañana siguiente:

...empujé sin tocar la puerta del dormitorio (...) tan pronto como entré percibí el olor de mujer tibia y vi los ojos de leoparda insomne en la oscuridad, y después no volví a saber de mí mismo hasta que empezaron a sonar las campanas (p.111).

b/ Incredulidad:

Se insertan en este grupo aquellos convecinos que intuyen la magnitud del desafío. Aun así, desechan la previsión de un cruento desenlace, considerando el prestigio alcanzado por los gemelos. "Tenían tan bien fundada su reputación de buena gente que nadie les hizo caso" (p. 86).

Itera dicha pauta don Rogelio de la Flor, quien rebate a su interlocutora Clotilde Armenta: "Nos seas pendeja (...) esos no matan a nadie, y menos a un rico" (p. 90). También a Flora Miguel, novia de Nasar, "le pareció inconcebible que a Santiago Nasar lo fueran a matar" (p. 179), aunque impelida por la humillación exclama: "¡Y ojalá te maten!" (p. 181).

c/ Diferencias sociales y personales:

Este apéndice delinea a Victoria Guzmán, cuyos viejos resentimientos influyen en la opinión que Nasar le merece. Se le antoja que es "idéntico" a su padre. En "el fondo de su alma quería que lo mataran" (p. 24), ante el temor de que las vivencias propias se repitan en su hija Divina Flor. Más claro aún, Victoria Guzmán:

Había sido seducida por Ibraim Nasar en la plenitud de la adolescencia. La había amado en secreto varios años en los establos de la hacienda, y la llevó a servir en su casa cuando se le acabó el afecto (p. 19).

d/ Negligencia:

Despunta un foco de crítica social en la ostensible incompetencia de los representantes de determinadas instituciones. Es el caso de don Lázaro Aponte, coronel de "academia" y alcalde municipal. Aponte recibe notificación por dos vías diferentes (su esposa y un agente de la policía), y "ni siquiera (...) interrogó" (p. 92) a los Vicario. Antes bien, mientras éstos obtienen nuevos cuchillos, el alcalde se entretiene en devaneos placenteros:

Prometió ocuparse de eso al instante, pero entró en el Club Social a confirmar una cita de dominó para esa noche, y cuando volvió a salir ya estaba consumado el crimen (p. 175).

En el mismo sentido se ilustra la ruta seguida por el padre Amador. Los festivos trajines de la llegada del obispo lo llevan a olvidar su incipiente intención:

...en efecto había recibido el mensaje de Clotilde Armenta, y otros más perentorios (...) "Lo primero que pensé fue que no era un asunto mío sino de la autoridad civil, pero después resolví decirle algo de pasada a Plácida Linero". Sin embargo cuando atravesó la plaza lo había olvidado por completo (p. 113).

e/ Decisiones trucas:

Manifiesta una firme voluntad de avisar a Nasar, Indalecio Pardo que, al fin, no se atreva a prevenirlo por retraimiento. "Se me alojó la pasta" (p. 163). De igual manera, Celeste Dangond desiste de su propósito en el último momento: "Me hice bolas (...) pues de pronto me pareció que no podían matarlo si estaba tan seguro de lo que iba a hacer" (p. 165).

f/ Gestos de menosprecio:

Los seres en que repercute esta coyuntura no guardan una relación directa con Santiago Nasar. Por consiguiente, nada hacen por entorpecer el atentado. Al contrario. De las afirmaciones de Polo Carrillo y Fausta, su mujer, se desprende una agria censura a la riqueza de los Nasar: "Como todos los turcos". Polo "pensaba que su serenidad no era inocencia sino cinismo; creía que su plata lo hacía intocable" (p. 162).

g/ Aprobación del ajusticiamiento:

Entra aquí la defensa a ultranza del honor, propia de ambientes culturales semejantes al diseñado en la obra. Prudencia Cotes (novia de Pablo Vicario), exhibe esta actitud. Ella "no sólo estaba de acuerdo, sino que nunca [se] hubiera casado con él si no cumplía como hombre" (p. 102). Pero tal precepto tiende a generalizarse. Se diría que el colectivo entero se obstina en recuperar la dignidad extraviada en un dudoso litigio sobre castas virtudes. Adelantemos, a propósito, el balance final:

Santiago Nasar había expiado la injuria, los hermanos Vicario habían probado su condición de hombres, y la hermana burlada estaba otra vez en posesión de su honor (p. 134).

h/ Entes solícitos:

A partir de lo reseñado, hemos de proseguir con los personajes más activos. Consignamos ya que toda la diligencia es inoperante, bien si se lleva a cabo con un lapso razonable de tiempo o con estricta limitación del mismo.

Clotilde Armenta requiere ser incluida en el primer punto, dado el notable papel que se le asigna. No olvidemos que es dueña del establecimiento utilizado por los hermanos Vicario para acechar a su víctima. Para mayor confusión, los gemelos eligen ese enclave esquivando su sanguinario cometido. Fueron "a esperar donde sabían que iba a pasar medio mundo menos Santiago Nasar" (p. 82). La señora Armenta delata el incongruente escollo:

Tenía la certidumbre de que los hermanos Vicario no estaban tan ansiosos por cumplir su sentencia como por encontrar a alguien que hiciera el favor de impedirselo (p. 93).

La tendera envía múltiples notas. "Se lo mandó a decir inclusive al padre Amador (...) le mandó el último recado urgente a Victoria Guzmán" (pp. 94, 95). Y como máximo experimento, "agarró a Pedro Vicario por la camisa y le gritó a Santiago Nasar que corriera porque lo iban a matar" (pp. 184, 125).

Repasando las tentativas de ayuda cercana al plano afectivo, hay que citar a Yamil Shaium, uno de los árabes amigos del patriarca Ibrahim Nasar. Yamil "fue el único que hizo lo que se había propuesto" (p. 165). Ello no obsta para que se retrase por excesiva mesura. Según conjeturaba, "si el rumor era infundado (...) iba a causar una alarma inútil" (p. 165). Posteriormente, y frente a la evidencia de los hechos, todavía tropezará con otro inconveniente:

Yamil Shaium le gritó que se metiera en su tienda, y entró a buscar su escopeta de caza, pero no recordó dónde había escondido los cartuchos (p. 184).

Encontramos asimismo a Luisa Santiaga, la madrina de Nasar hábil en las artes de la adivinación, que "no sintió el palpito de la tragedia" (p. 37). Una vez alertada, tampoco llega a tiempo de hablar con su comadre Plácida, pese a su determinación y apresuramiento:

...alguien que corría en sentido contrario se compadeció de su davarío.
-No se moleste, Luisa Santiaga -le gritó al pasar-. Ya lo mataron (p. 41).

Finalmente, Cristo Bedoya es personalidad crucial en esta galería de obstáculos por salvar la vida de Nasar, al que le unen lazos de amistad desde la infancia. Las distracciones nocturnas

lo apartaron de su domicilio. De ahí que sus padres, que "lo estuvieron esperando hasta el amanecer" (p. 155), no pudieran comunicarle la turbadora novedad. Por si aún fuera poco, se ve obligado a interrumpir sus pasos, ya iniciado el apremiante recorrido:

Próspera Arango, la cachaca, le suplicó que hiciera algo por su padre que estaba agonizando (...) Cristo Bedoya demoró cuatro minutos en establecer el estado del enfermo, (...) pero perdió tres minutos más ayudando a Próspera Arango a llevarlo hasta el dormitorio (...) Trató de correr, pero se lo impidió el revólver mal ajustado en la cintura (pp. 176, 177).

En realidad Cristo Bedoya ha estado escasos segundos antes en compañía del supuesto reo. "-Acabo de verlo contigo" (p. 166), es la réplica de su febril búsqueda. De forma enigmática, la presencia de Nasar es imperceptible:

Santiago Nasar acababa de dejar a Cristo Bedoya en la tienda de Yamil Shaïum, y había tanta gente pendiente de él en la plaza, que no era comprensible que nadie lo viera entrar en casa de su novia (p. 180).

Por último, interesa anotar la vívida presencia del portal, elemento inerte muy reiterado en la obra. Si habitualmente Nasar "se dirigía a su casa por la puerta de la cocina" (p. 184), extraña que el día de autos entre justo por la fachada principal en la que aguaran los Vicario.

PRONÓSTICOS ACIAGOS: Una serie de vaticinos preludian lo que ha de cumplirse, sin dejar de convocar la credibilidad del lector. Ello es debido a que los tétricos presagios se enmarcan en un tipo de sociedad plena de creencias que rayan la superstición. Entre éstas se hallan las dotes premonitorias o las prácticas de espiritismo. Por ejemplo, Plácida Linero tenía "una reputación bien ganada de intérprete certera de sueños ajenos, siempre que se los contaran en ayunas" (p. 10). Y el coronel Lázaro Aponte celebra ritos espiritistas para dialogar con la difunta Yolanda de Xius. Mediante el esotérico culto determina que ella retira, desde el más allá, el mobiliario familiar:

...una noche se le ocurrió oficiar una misa de espiritismo para esclarecer el misterio, y el alma de Yolanda de Xius le confirmó de su puño y letra que en efecto era ella quien estaba recuperando para su casa de la muerte los cachivaches de la felicidad (p. 140).

En el cariz de las luctuosas concordancias encajan, a su vez, los sueños que acosan a Nasar los días precedentes a su muerte. Sueños poblados de árboles, rocío y excremento, aunque ni él ni su madre descifraron la profecía fatal de los mismos. Plácida "nunca se perdonó el haber confundido el augurio magnífico de los árboles con el infausto de los pájaros" (p. 156). También el pánico de Nasar ante el instrumento con que se destazan los conejos, la mañana del crimen, viene a coincidir con su agónica caída, a cuchilladas. La escena inicial, reanudada -en apariencia- cuando Nasar ve "sus propias vísceras al sol, limpias y azules" (p. 190), fue, al decir de Plácida, una "revelación" (p. 20).

En este encadenamiento convergente no debe eludirse el espejismo que sufre Divina Flor. Como espectáculo imaginario, Flor inventa un falso retorno del inculcado. Y esa "visión nítida" (p. 186) induce a Plácida a sellar el portón en el postrer instante, convencida de que su hijo ha regresado:

Entonces corrió hacia la puerta y la cerró de un golpe. Estaba pasando la tranca cuando oyó los gritos de Santiago Nasar, y oyó los puñetazos de terror en la puerta, pero creyó que él estaba arriba, insultando a los hermanos Vicario desde el balcón de su dormitorio (p. 187).

Divina Flor quiebra, con su equívoco iluminismo, la existencia de Nasar. Pero es engañoso creer que la adolescente se mueve arrastrada por negativos impulsos. Nada más lejos. Ella se arriesga a "dejar la puerta sin tranca, contra las órdenes de Plácida Linero, para que él pudiera entrar otra vez en caso de urgencia" (p. 26).

Aún prevalecen otras confluencias marginales. Por ejemplo, Nasar predispone un día antes de morir: "No quiero flores en mi entierro" (p. 69); explícito dictamen que será acatado con todo rigor.

2. Límites de un espacio imprescindible

Como sugeríamos inicialmente, las pocas alusiones a lugares concretos que contiene la obra, aparecen cuando no es posible posponerlas a la hora de completar la historia. Esto es, se escatima la descripción morosa del entorno.

Casi toda la **Crónica...** subsiste en un mismo espacio, el pueblo, sin que se mencione una sola vez su nombre. Probablemente ese estigma sea innecesario, aunque no estaría de más recabar su sentido ignoto. Tal vez el autor haya preferido mantener la ambigüedad, puesto que el libro insinúa así un vago caserío hispanoamericano. Los rasgos comunes a cualquier iglesia, club social o prostíbulo refuerzan la indeterminación del territorio. Sólo la exacta referencia al Caribe y Cartagena de Indias permite atisbar que la acción transcurre en Colombia o sus alrededores. El difuso panorama se contempla desde el elevado pabellón del viudo de Xius:

Estaba en la colina barrida por los vientos (...) y en los días claros del verano se alcanzaba a ver el horizonte nítido del Caribe, y los trasatlánticos de turistas de Cartagena de Indias (p. 58).

El aislamiento es, en paralelo, otro vestigio. Los pocos canales expansivos realzan la idea de que en este rincón solitario importa únicamente lo que ocurre dentro de sí mismo. El contacto con el orbe limítrofe se reduce al ínfimo tránsito de vehículos: "Llegaron en un Ford T" (p. 54). Está también el muelle, cuyos barcos anclan con desconocidos como Bayardo San Román que "llegó en el buque semanal" (p. 42). En último caso, de la travesía marítima del obispo "ilusión fugaz" (p. 31), se infiere una carencia de afinidades con la realidad foránea.

Por tanto, de acuerdo con las pautas novelescas, el lector se desplazará por escuetos derroteros. Ello no significa que debamos soslayar la importancia de este aspecto. Especialmente en las páginas finales, el escenario adquiere interés en el desenvolvimiento del drama. Y las enjutas imágenes paisajísticas contribuyen a subrayar la creciente tensión. Desde este punto de vista, cabe distinguir dos tipos de emplazamientos. Privados y públicos.

Para empezar, el humilde tugurio de los Vicario apto "apenas para vivir" (p. 66), contrasta con el perfil acomodado, si no opulento, que trasluce la residencia Nasar. Las mismas variaciones a que ha sido sometida esta construcción, ponen de relieve un próspero ascenso:

La casa era un antiguo depósito de dos pisos (...) Ibraim Nasar la compró a cualquier precio (...) sólo cuando se iba a casar lo convirtió en una casa para vivir (p. 21).

La "quinta" de Xius, "la más bonita del pueblo" (p. 58), se yergue como mansión predilecta. Por supuesto, Bayardo San Román ofrenda esa morada a su aterrorizada esposa, con el ánimo de perpetuar la aureola sentimental que envuelve "la casa (...) donde el viudo de Xius había sido feliz" (p. 74). El propio narrador disfruta de un inmueble que, sito en el poblado, remarca su condición de personaje testimonial. "Nuestra casa estaba lejos de la plaza grande, en un bosque de mangos frente al río" (p. 37).

En oposición al resto de las viviendas, la tienda de Clotilde Armenta se transfigura y magnifica al dar cabida a la enfebrecida muchedumbre. Se erige en antesala callejera donde germina el crimen. El pequeño negocio expende plurales mercancías: "vendía leche al amanecer y víveres durante el día, y se transformaba en cantina desde las seis de la tarde" (p. 87). Es, pues, ámbito privilegiado una vez que los hermanos Vicario establecen en él, su puesto de vigilancia. Por allí:

...pasaban clientes fingidos comprando leche sin necesidad y preguntando por cosas de comer que no existían, con la intención de ver si era cierto que estaban esperando a Santiago Nasar para matarlo (p. 103).

Con todo, el centro neurálgico que refleja las experiencias cotidianas o solemnes de la vida popular, es la plaza. En torno a ella giran los formulismos sociales decisorios. A saber, el primer encuentro de Bayardo San Román y Ángela Vicario, el enlace conyugal de éstos o el asesinato de Nasar. Después de la estrepitosa boda, "la plaza (...) parecía un muladar de botellas vacías y toda clase de desperdicios" (p. 27). Poco a poco, la corporeidad del público recinto se ensancha, pletórica de expectación:

La gente (...) empezó a tomar posiciones en la plaza para presenciar el crimen (p. 174).

La gente se había situado en la plaza como en los días de desfiles (p. 183).

Conviene añadir que la marcha de los acontecimientos acaba por ampliar las fronteras ciudadanas, siguiendo, claro está, la trayectoria vital de los más afectados por la desgracia. La con-

ducción de los infractores al cautiverio, ya revela este fenómeno. Más aún la mudanza de la familia Vicario a un nuevo reducto que, curiosamente, responde a una denominación fija:

Quando los gemelos fueron absueltos se quedaron en Riochacha, a sólo un día de viaje de Manaure, donde vivía su familia (p. 133).

Pero ni siquiera este detalle borra la habitual estampa de imprecisión y lejanía. El narrador relata que, en sus incursiones tras las pesquisas de esta **Crónica...**, llegó, "23 años después del drama", "hasta aquel moridero de indios" (p. 142) en el que Ángela Vicario vencía el tedio escribiendo cartas de amor: "su madre había tratado de enterrarla en vida" (p. 141).

Ahora bien, ¿por qué el escritor combina (o contrapone) las secciones anteriormente expuestas?

A nuestro entender, el horizonte crítico queda inconcluso si no discernimos, a modo de colofón, que la antinomia entre las dos calas estudiadas es más bien aparente. De un lado, en una obra como ésta, organizada a modo de proceso sumarial, resulta lógica la concurrencia de datos proyectados desde diferentes ángulos. De otro, con la mínima puntualización del paraje, la novela rehúsa interferencias localistas y queda dotada, en contrapartida, de un carácter más amplio y universal.

Concluyendo. La cabal información, llevada al terreno ficticio, no desmerece la calidad estética de un texto perfectamente estructurado. Sin duda, un fruto más de la maestría garciamarquiana.

BIBLIOGRAFÍA

Apuleyo Mendoza, Plinio. **Gabriel García Márquez. El olor de la guayaba. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza.** Buenos Aires: Sudamericana, 1982.

Carrillo, Germán D. "Crónica de una muerte anunciada, de Gabriel García Márquez: reportaje, profecía y recuento". **Literatures in transition: The Many Voices of the Caribbean Area.** A Symposium. Ed. Rose S. Mine., Hispamerica & Montclair State College, 1982.

García Márquez, Gabriel. **Crónica de una muerte anunciada.** Barcelona: Bruguera, 1981.

García Ramos, Juan Manuel. **Guías de lectura. Cien años de soledad de Gabriel García Márquez.** Madrid: Alhambra, 1989.

Sorela, Pedro. **El otro García Márquez. Los años difíciles.** Madrid: Mondadori, 1988.